

« Cardos »

También entre los escritores rioplatenses los hay que han llegado al dominio completo de la expresión realista del alma criolla. El primero, acaso, Javier de Viana. Con motivo de la publicación de *Cardos*, he querido someter mi juicio a la prueba. He leído algunos otros autores argentinos y uruguayos en sus obras literarias de gauchos. Ninguno me ha dado la impresión total de la realidad misma en la gente del campo. En casi todos se nota algo de reflejo. Sólo Javier de Viana traslada al papel directamente lo visto. Nunca mejor empleado el tan gastado *d'après nature*. Es más; aun en los momentos en que el autor de *Guri* inventa, sobre todo las frases no oídas jamás a los campesinos, imprime a su lenguaje literario el más aproximado carácter, hasta tal punto que entre lo real y lo facticio apenas se nota la diferencia. Esto significa que la peculiaridad de Javier de Viana es la compenetración exacta y total con el alma criolla; es él mismo gaucho en el fondo de su espíritu y, por esto, usa el propio lenguaje del pueblo y adapta sin equivocarse los nuevos pensamientos a la palabra nueva con la mayor cantidad de autoctonía posible. La caracterización es absoluta.

Con lo dicho queda declarado que no es Javier de Viana un mero fotógrafo de lo observado. Indudablemente hay en su facultad visual algo de instantánea, tal es la reproducción que hace de los menores detalles exteriores. Pero es que, además, agrega parte de su espíritu, que no desentona de lo sorprendido con el daguerrotipo, porque, conocedor de los pliegues y repliegues del corazón criollo, dueño de la fisonomía, del lenguaje, de las supersticiones y anécdotas del gauchero, coincide siempre con el espíritu y el *sabor de la tierra*. En una palabra; no es un espectador, sino un actor. No presencia, sino que vive las situaciones campesinas que traza en sus composiciones, que siempre gustan, la mayor parte de las veces emocionan y bastantes preocupan.

En esto, en que preocupan, es en lo que se diferencia el puro realismo, seco e impersonal, del neo-idealismo en que el artista conmueve lo insensible con su visión espiritual y un propósito trascendente. No siempre el autor de *Cardos* escribe por escribir, reducido a darnos un bosquejo sucinto del natural. Por lo regular, su pluma se moja en la tinta para fijar en el cuadrito una frase moral o simplemente ingeniosa, cuando no un párrafo sentenciador de saludable comentario. Ya antes se había hecho notar la intervención del artista con algunos adjetivos definidores. Pero en lo que se distingue principalmente la mano del narrador es en la elección de los asuntos, que sobresalen por sus tonos lúgubres, pesimistas, decepcionados, amargados, a veces crueles. Siempre triste. No parece sino que en el campo uruguayo o argentino no saliera el sol o que la angustia apretara todas las existencias. Ninguna escena de alegría; ningún boceto de esperanza. Tiene razón el perspicaz crítico Lasplacas al decir que «aunque no lo haya querido así, aunque ni siquiera haya pensado en ello, Javier de Viana es el historiador de ese drama triste, que sigue su curso bajo el indiferente parpadeo de nuestras constelaciones meridionales; su gaucho es el gaucho lamentable de la decadencia, el que lleva en su frente, bien visible, el anuncio de la desaparición cercana e incomprensiva».

Y, sin embargo, la vida del campo es más amplia, más vasta, más compleja. Ahí tenemos unos notables libros de Dávalos y Burgos que nos retratan sus respectivas comarcas (Salta y Mendoza) en toda su complicación topográfica y psicológica. Viana ha reducido su visión

a la parte oscura de su tierra, de sus contornos; porque más que del paisaje se preocupa de los paisanos.

Y esto lo realiza el admirable cuentista con supremo arte. Desde luego, a juzgar por su último volumen, Javier de Viana ha llegado a dominar la ejecución de sus composiciones. Empieza por narrar breve, densamente, sin que para la completa comprensión nada falte. A semejanza de los dibujantes sintéticos, el escritor uruguayo tiene bastante con párrafos cortos, con frases apretadas. Dos trazos y surge el fondo; cuatro líneas esenciales y queda fijado el personaje. Para obtener esa condición substancial en arte, habréis de convenir en que los elementos estructurales han de ser manejados con talento, con hondo conocimiento, con mano segura de artista. Nadie sabe más que los del oficio la enorme dificultad que encierra la síntesis. Por esto es que sólo al cabo de los años abrevian sabiamente los escritores. Se contentan con ofrecer al lector el espectáculo de la trama sin el trabajo penoso de la preparación.

Hay, por otra parte, en esta perfeccionada manera, la ausencia, a veces absoluta, de la vanidad o del amor propio del compositor. *Qui potest capere, capiat*. Se va recto a lo positivo, a la suprema expresión, a la idea definitiva. Claro que este resumen muchas veces se deriva de un lamentable amaneramiento, de una constante repetición, de una falta de evolución artística. Esto acaece cuando el compositor ha perdido el antiguo entusiasmo por su arte. Entonces la bondad ejecutora se ve descalabrada por la monotonía del tema y la vetustez del procedimiento o escuela, que ya ha pasado entonces a petrificación. Por lo contrario, el verdadero artista, al mejorar su estilo, que llega a ser cosa consubstancial, puede más fácilmente concentrar su facultad creadora en el tema, en los elementos de exteriorización y hasta en la adaptación de su espíritu a la nueva sensibilidad colectiva.

Es indudable que si Javier de Viana pudiera reavivar su juvenil entusiasmo por su arte y por el propósito que le empujó a elegirlo para influir en la vida de su pueblo, seguramente su reanimación habría de hacerle pasar de su actual literatura estática a otra dinámica, que es la orientadora de las sociedades modernas. Yo, personalmente, siento en sus *Cardos* una falta de vida interior, de poesía, de optimismo, de ensueño, de predominio del espíritu sobre el instinto. Y no se objete que para tales *metafísicas* no se prestan las figuras bastas, ignorantes, insensibilizadas de indios, gauchos y matreros. El propio Viana no puede aducirlo, porque ahí, en ese extenso campo de cardos, le ha nacido una flor silvestre, aunque de acre sabor, que se denomina *Juan Pedro*, el único toba en la escuela de niños *civilizados*; mejor aun para ser citada, aquella que se llama *Derritiendo la escarcha*, con perfume de amor intenso. (—¡Aura, que se apague el sol de arriba!... Con la luz de tus ojos y el calor de tus labios y la fogata de tu cariño, no carece candil ni poncho!... ¡Aura que yele y que llueva y que ladre el pampero!...) Sobre todo, tenemos la norma del cuentista judío Isaac León Peretz, quien con representaciones de su más bajo pueblo, con su lenguaje dialectal, apenas asomado a la ideología moderna, supo componer preciosas narraciones en que se complace el espíritu, ambicioso de ensoñaciones que duren, terminada la lectura, y lo alienten para proseguir el recio batallar. En fin; ahí está, irradiando nuevo esplendor, *Sobre las ruinas*... el estupendo drama de Roberto J. Payró.

J. Torrendell.